

Homilía del 10 de Mayo de 2015

Desde mediados de--o a fines de--los sesentas, he estado oyendo a algunas personas decir que la Iglesia ya no nos está enseñando, que todo que la Iglesia habla sobre es la paz y el amor. Tal gente dice que los sacerdotes y diáconos parecen olvidar como predicar acerca del mal, del pecado, y del juicio. Ciertamente de acuerdo que es perturbador oír a personas decir, «Bueno, una religión es igual a cualquiera otra», y «Vamos todos al mismo lugar, solamente tomando diferentes caminos». Dicho así, la fe parece ser solamente un gusto personal. La primera lectura de hoy **puede ser usada** para apoyar este punto de vista. ¿Acaso Pedro no dice, “Ahora caigo en la cuenta de que Dios no hace distinción de personas . . .”?

Pero citar fuera de contexto es el tipo de entendimiento y cotizando que muchas veces oímos. Oímos los predicadores en la televisión decir que la Biblia condena nuestra Iglesia y nuestro Papa. Como les he dicho, crecí en Protestante Mississippi oyendo cuentos sobre aquella maldita iglesia católica. Nunca me olvidaré la respuesta de mi madre durante el ensayo de la boda de nuestra hija mayor. Mi madre estaba sentada con sus brazos cruzados y con su ceño fruncido. Preocupado, fui hacia ella y le pedí, «Madre, ¿está algo mal?» Airadamente, ella me pidió, «Sabes lo que yo fui enseñada en mi iglesia cuando estaba creciendo?» Por supuesto, no lo sabia. Ella me dijo, «Yo fui enseñada que el sacerdote tiene la primera noche con la novia». Ella estaba enojada porque a este punto sabía que ridícula era tal declaración.

Aunque no crecí oyendo cuentos como esto, oí a la gente en mi iglesia Protestante decir, «Quizás algunos católicos serán salvados, pero si es así, es a pesar de la Iglesia Católica». Estaba acostumbrado a oír citas selectivas de la Biblia. Algunos de ustedes saben a lo que me refiero, porque han visto rastros de ello o han sido confrontados por los que dicen que están tratando de salvarles las almas. Una selección típica de una cita abreviada seria, “. . . todos pecaron, y están faltos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23); “El pecado paga un salario, y es la muerte. La vida eterna, en cambio, es el don de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 6:23); “Pero Dios dejó constancia del amor que nos tiene: Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores” (Romanos 5:8); “¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (San Juan 3:16). Noten que estas citas no son de un solo pasaje, sino saltan de un pasaje a otro y son escogidas para sonar como una secuencia lógica. ¿Enseñaba la Iglesia Católica que estas citas son verdades? Por supuesto, lo hace. Pero hay un dicho antiguo en la Iglesia que recibimos del judaísmo. Dice: la verdad parcial es la más grande mentira.

Homilía del 10 de Mayo de 2015

En un sentido muy real, la Iglesia cuya enseñanzas seguimos es una cuestión de en quien confiamos o en quien aceptamos como nuestra autoridad. Hace cuarenta años atrás, después de oración y estudio cuidadoso y profundo, yo concluí que yo pondría mi confianza la Iglesia Católica, en el Dios enseñado por la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica y en el libro escogido por esa Iglesia como su constitución—La Biblia Santa.

Pedro, al cual ahora llamamos San Pedro y nuestro primer Papa, dice, «Ahora caigo en la cuenta de que Dios no hace distinción de personas . . .». Ahora noten como el continua, «. . . sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que fuere». Noten como este mensaje es consistente con la lectura del Evangelio: «Jesús dijo a sus discípulos: «Como el Padre me ama, así los amo yo. **Permanezcan** en mi amor. **Si cumplen mis mandamientos**, permanecen en mi amor; lo mismo que yo cumplo los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.» Ahora pensemos cuidadosamente. Si pregunto, «¿Cuales son los mandamientos del Padre?» Algunas personas inmediatamente dirían, «Los Diez Mandamientos». Pero esto no es lo que Jesús dice. Él continua: «Les he dicho esto para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea plena. Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado». Y recuerden el cuento acerca del fariseo que le preguntó a Jesús,

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?» Jesús le dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el gran mandamiento, el primero. Pero hay otro muy parecido: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (San Mateo 22:35-39).

El Evangelio de hoy y del domingo pasado es parte del mensaje que Jesús nos deja mientras prepara a sus discípulos antes de su ida. Le oímos decir, exactamente como podríamos haber oído a un cariñoso padre decir, cuando nosotros o ellos están por irse, «No te olvides de que eres mi hijo o hija». O «Siempre acuérdate de la familia de la cual vienes», o «No te olvides de quien eres». Las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy son palabras de preparación. Él quiere que sus discípulos, él quiere que **nosotros**, nos acordemos de que somos sus hijas e hijos. Él quiere que nos acordemos de que somos miembros de la familia de Dios. Él quiere que nos acordemos de quienes somos. Aceptar el amor de Cristo no es una merced facil o barata. Requiere que lo conozcamos y lo amemos y le sirvamos, y amarlo quiere decir que aceptamos su mandamiento de amar unos a otros. Que el cariñoso Señor nos de la fe y la gracia de vivir ese amor.